

nino, carece de interés, porque esta es una cuestión que se ve hoy con claridad. El verdadero interés radica en saber qué razones podía tener Molière—que no era un antifeminista: recuérdense *La escuela de los maridos* y *La escuela de las mujeres*—para hablar así a sus contemporáneos.

Al buscar una respuesta convincente, se impone por sí sola una necesidad: establecer la adecuada relación entre ese modelo femenino y todos los demás mitos que subyacen en la comedia. No sé si simplifico excesivamente el tema al afirmar que, establecida esa relación, se nos revela de manera inmediata un pensamiento perfectamente articulado, coherente y sin fisuras. Es—¿hace falta decirlo?—el pensamiento de un buen burgués. Burguesa es la concepción pragmática del amor, desprovisto de toda «literatura», concebido como un medio, nunca como un fin, al menos cuando de matrimonio se trata. Burguesa es la sumisión respetuosa a la institución del matrimonio, en tanto que institución social y garantía que perpetúa la propiedad y fortuna económica en los hijos, y el implícito sentimiento de éste como un contrato. Burguesa es esa imagen sacralizada de la mujer recluida en el hogar, madre ejemplar y esposa solícita. Burguesa, genuinamente burguesa, es la estimación del dinero—a diferencia del honor o de la sangre—como el valor o el bien más alto, cuya fuerza mueve montañas y, desde luego, garantiza la felicidad del hombre. Burgués es un cierto anticlericalismo, que no está presente en *Las mujeres sabias* ni en *Las preciosas ridículas*, pero que es muy típico en Molière, no sólo en *Tartufo*. Burguesa es la idea de que la cultura es realmente buena, pero debe administrarla y guardarla una minoría de especialistas. Burgués también, creación enteramente burguesa, es el modelo de una vida tranquila, laboriosa, sosegada, familiar, razonable y sin problemas. En un grado u otro, el pensamiento de Molière asume todos estos rasgos típicos de la burguesía, y se los *devuelve* en el teatro que escribe.

Tampoco ahora creo que revista mayor interés el decidir si Molière tenía o no razón al pensar como un buen burgués, y si esto estaba bien o estaba mal en la segunda mitad del siglo xvii. El verdadero interés radica en observar el papel dinámico que este pensamiento de Molière juega en la sociedad de su tiempo. Ese dinamismo obedece, quizá fundamentalmente, al carácter siempre crítico de la obra molieresca. La crítica de Molière es de naturaleza muy diferente a la de, por ejemplo, un Shakespeare. Molière es, en todo momento, un costumbrista. Y ninguna prueba mejor de ello que estas acabadas pinturas sociales, que se titulan *Las preciosas ridículas* y *Las mujeres sabias*. En ellas, Molière habla de burgueses y habla como burgués. Mas lo hace de una manera

crítica, revelando a la burguesía su contradicción al imitar el preciosismo de una aristocracia desengañada, en vez de asumir, resueltamente, su mundo de valores propio y característico.

Las siguientes palabras de Hauser pueden ayudarnos a comprender, finalmente, la intensidad y el dinamismo de esta crítica de Molière en el marco de la Francia de Luis XIV. Dice Hauser: «Los salones contribuyeron a la formación de un público artístico también porque reunieron en su círculo a los entendidos y aficionados al arte de los más diversos estratos. Se encontraban los miembros de la nobleza de sangre, que, naturalmente, siempre estaban en mayoría con los de la nobleza de funcionarios y la burguesía —especialmente la alta finanza—, que ya desempeñaba un papel en el mundo del arte y la literatura. La nobleza aportaba también los oficiales del ejército, los gobernadores de las provincias, los diplomáticos, los funcionarios de la corte y los altos dignatarios eclesiásticos; la burguesía, por el contrario, poseía no sólo los altos puestos en los tribunales de justicia y en la administración de la Hacienda, sino que comenzaba a competir con la nobleza en la vida cultural. Los empresarios no tenían en Francia la consideración de que disfrutaban en Italia, Alemania o Inglaterra. Posición social elevada sólo podían adquirirla con una cultura alta y un estilo exquisito de vida. Por eso en ninguna parte fueron tan celosos los hijos de esta clase por abandonar la vida del negocio y convertirse en rentistas dedicados al *bel esprit*» (5).

Madelón y Cathos, en *Las preciosas ridículas*; Filaminta, Belisa y Armanda, en *Las mujeres sabias*, son ejemplos vivos —en el fondo, bastante patético— de cómo muchas gentes burguesas tratan de alcanzar esa «posición social elevada», mediante una aparente «cultura alta» y un no menos aparente «estilo exquisito de vida». Molière, burgués convencido, parece decirles que se equivocan; que sus valores son mucho más sólidos y reales: el dinero, el matrimonio y la vida familiar y razonable; su laboriosidad y su eminente pragmatismo; y que, lejos de imitar el preciosismo exquisito y huero de la nobleza, deben imponer sus valores, vigorosamente, en la vida social.

Esto es así en un cierto sentido, pero no en absoluto, o no de un modo tan claro. Molière es fluctuante, escurridizo, hábil, contradictorio. Es un burgués convencido y critica a la burguesía, pero no a la nobleza, al menos directamente. Es probable que ello le reportara una cierta cobertura: ante *Las preciosas ridículas* o *Las mujeres sabias*, la nobleza podía incluso sentirse halagada, pues lo que el autor critica es el ridículo en que caen unas pobres gentes, demasiado rudas para ser, como pretenden, elevadas y exquisitas. Por lo demás, Molière recurre

---

(5) HAUSER: *Ob. cit.*, vol. cit., pp. 449-450.

constantemente a determinadas coartadas. Si unas damas nobles de París se sienten heridas ante *Las preciosas ridículas*, inmediatamente el autor se defiende diciendo que su sátira sólo se refería a la gente de provincias. Y claro está que nunca habla de clases sociales: dice criticar la pedantería, la hipocresía, etc. En suma: defectos morales arquetípicos, no costumbres o rasgos de ninguna clase social. Es de suponer que Molière no era tan ingenuo como para creer él mismo en tales coartadas. Gran parte de sus contemporáneos, desde luego, no las creyeron.

Molière no sólo inventa justificaciones. Más de una vez le vemos inclinarse sumiso ante los poderosos. Es un espectáculo humillante que hiere nuestra sensibilidad, que nos subleva. Oigamos a Molière doblegarse ante la corte, en estas palabras terribles, que pone en boca de Clitandro, dirigiéndose éste a Tritontín: «Muchos detestáis a esa pobre corte, y es grande su desgracia viendo que a diario vosotros, los altos ingenios, clamais contra ella, que le buskais pendencia por todas vuestras contrariedades, y que censurando su mal gusto, a ella tan sólo le acusais de vuestros fracasos. Permitidme, señor Tritontín, que os diga, con todo el respeto que vuestro nombre me inspira, que haríais muy bien, vuestros compañeros y vos, en hablar de la corte en un tono más mesurado, ya que, fijándose bien, en el fondo, no es tan necia como os empeñais vosotros que lo sea.»

Y casi a continuación, cuando Tritontín se refiere al desdén con que la corte trata a los hombres de ciencia, Clitandro le replica con esta perorata: «Observo vuestro pesar y que, por modestia, no os habéis colocado, señor, en la lista; y para no incluiros yo tampoco en este caso, ¿qué hacen por el Estado vuestros hábiles héroes? ¿Qué servicio le prestan sus escritos para acusar a la corte de una horrible injusticia y quejarse en todos sitios de que sobre sus doctos nombres deja ella de verter el favor de sus dones? ¡Su sabiduría es muy necesaria a Francia! ¡Y la corte tiene conocimiento de los libros que ellos escriben! Paréceles a tres bergantes, con sus reducidos cerebros, que, por haber sido impresos y encuadernados en piel, son ya importantes personajes del Estado; que con su pluma deciden el destino de las coronas; que a la menor difusión de sus obras deben ver entrar en sus casas, en montón, las pensiones; que el mundo tiene la vista fija en ellos; que la gloria de su nombre está divulgada por todas partes, y que son, en la ciencia, unos famosos prodigios, por saber lo que otros han dicho antes que ellos, por haber tenido treinta años ojos y oídos, por haber empleado nueve o diez mil vigiliass en embadurnarse a conciencia de griego y de latín, cargándose el espíritu con todos los vetustos fárragos que por libros se hallan. Gentes que parecen estar siempre ebrias de su

sapiencia; ricos, por todo mérito, en inoportuna cháchara; inútiles para todo; exentos de sentido común y rebosantes de una ridiculez y de una impertinencia como para desacreditar en todas partes al espíritu y a la ciencia» (IV, 3.<sup>a</sup>).

Pero, ¿es posible que estemos oyendo a Molière? ¿No nos parece escuchar, por el contrario, a un vulgar adulator de los poderes constituidos, en detrimento de la vida intelectual de su país? Es que Molière también es un adulator de los poderes constituidos. Quizá no lo fuera por gusto. Quizá lo fuera como contrapeso de su —otras veces— audacia crítica, sólo tolerada por la voluntad personal del monarca, y precisamente porque esa audacia reconocía sus propios límites, y no los sobrepasaba jamás. Molière no escribió una sola frase que pudiera poner en entredicho el prestigio de la monarquía, y su posición respetuosa ante la nobleza es patente. Hizo objeto de su crítica, en cierta medida, a una parte del clero, y, abiertamente, a la clase social que él mismo representaba: la burguesía. Y fue capaz, como acabamos de ver, de adulaciones ciertamente asombrosas.

Molière, conciencia crítica de sus contemporáneos; Molière, adulator, oportunista; Molière, burgués y crítico de burgueses; Molière, muerto sin sacramentos, que le fueron negados; Molière, hombre de «sentido común»; Molière, progresista y reaccionario... Conforme hemos venido avanzando en esta somera exploración, la figura de Molière se nos ha hecho cada vez más escurridiza, más ambivalente y contradictoria. ¿Acaso porque, en el fondo, Molière es *precisamente* así?—RICARDO DOMÉNECH.